

EL MENSAJE DE DIOS AL MUNDO:

Me Malentendieron Completamente

Te invito a leer estos cinco capítulos de muestra del nuevo libro. Estaré aquí en esta página en los siguientes días para charlar con ustedes sobre estos capítulos. Así que asegúrate de dejar tus pensamientos en los comentarios abajo. Espero con interés poder escuchar de ti.

1

La Base de Tanto

NO ES POCA COSA EQUIVOCARSE respecto a Dios.

Y si casi todos en el planeta están equivocados respecto a Dios, *realmente* no es poca cosa.

Si casi todos en el planeta tienen nociones equivocadas sobre Dios, casi todo lo que todos hagan en este planeta no funcionará de la manera que se pretende. Esto se debe a que la base de tantas cosas que las personas hacen está en muchas de sus creencias sobre Dios.

¿Piensas que no?

Piénsalo de nuevo.

Casi todas las leyes modernas de la civilización emergieron de las reglas y leyes tempranas de algunas tradiciones de fe. Casi todos los códigos morales de la humanidad se derivaron de los mandatos de una religión. Casi todos los movimientos políticos y teorías económicas se basan en ideas de justicia, bien-y-mal y rectitud básica adoptadas inicialmente por maestros espirituales.

Incluso aquellos que no creen en Dios son influenciados y guiados por muchos de los principios fundamentales colocados en la Historia Cultural por aquellos que sí creen.

Y un impactante número de las decisiones personales realizadas por billones de individuos alrededor del globo son hechas dentro del contexto de lo que creen que es

el propósito de la vida, lo que creen que pasa cuando la vida termina, lo que creen sobre Dios y sobre lo que Dios quiere.

Así que no es poca cosa equivocarse respecto a Dios.

*

Proposición: Ninguno de los sistemas que hemos puesto en marcha para hacer mejor la vida en este planeta está funcionando.

Espera. Es peor.

No solo los sistemas que hemos puesto en marcha fracasaron en producir los resultados para los que fueron hechos—en realidad están produciendo *exactamente lo opuesto*.

He elaborado este punto antes, en libros previos. Creo que vale la pena repetirlo, con énfasis.

Nuestros sistemas políticos en realidad están *incrementando* el desacuerdo y el desarraigo. Nuestros sistemas económicos en realidad están *incrementando* la pobreza y el abismo entre los ricos y los pobres. Nuestros sistemas ecológicos en realidad están *incrementando* la degradación ambiental.

Nuestros sistemas de salud están en realidad *incrementando* inequidad en el acceso a medicinas modernas y servicios de cuidado de salud. Nuestros sistemas educativos en realidad están *incrementando* el hueco del conocimiento. Nuestros sistemas sociales en realidad están *incrementando* la disparidad, desarmonía e injusticia.

Y, quizás lo más triste de todo, nuestros sistemas espirituales en realidad están *incrementando* la pretensión de superioridad moral¹, la intolerancia, la ira, el odio, la violencia y la guerra.

Si la mejora de la vida humana sobre la Tierra fuese un experimento de laboratorio, desde hace mucho habría sido considerado un vil fracaso.

De hecho, una catástrofe espantosa

¹ *Righteousness*, puede ser traducido también como fariseísmo o santurronería.

*

No todos estarán de acuerdo. Hay quienes creen que la humanidad está evolucionando hacia cada vez mayores niveles de sofisticación y logro, produciendo cada vez una mejor calidad de vida para todos los miembros de la especie.

Es posible, sin embargo, que no se encuentren entre los 842 millones de personas (una de cada ocho en el mundo) quienes no tienen suficiente para comer. Es seguro que no serán los padres de los 650 niños que mueren de inanición cada hora.

Seguramente no se encontrarán entre los 20.9 millones de mujeres y niños que son comprados y vendidos en el comercio de la servidumbre sexual cada año.

Tampoco, uno se imagina, serán de los más de tres miles de millones de personas que viven con menos de \$2.50 (dólares) al día, o los mil millones que no tienen acceso a servicios de salud. (Alrededor de 19,000 niños mueren cada día de problemas de salud prevenibles, como malaria, diarrea y neumonía.)

Probablemente tampoco pertenezcan a los 1.7 miles de millones de personas que carecen de agua limpia, o a los 2.6 miles de millones sin servicios sanitarios básicos, o a los 1.6 miles de millones de personas –un cuarto de la humanidad– que vive sin electricidad.

Así es. En el primer cuarto del siglo veintiuno, *2.6 miles de millones de personas viven sin sanitarios y 1.6 miles de millones sin electricidad.*

¿Cómo es esto posible?, podrías preguntar. Y esa es una muy buena pregunta.

Es una pregunta especialmente buena dado que la humanidad se imagina a sí mismo como una especie “civilizada”. Para las personas en las categorías de arriba, la “civilización de la Civilización” ni siquiera a comenzado.

Un planeta donde el 5 por ciento de la población tiene o controla el 95 por ciento de la riqueza y recursos –y donde más de ese 5 por ciento piensa que eso está perfectamente bien, incluso cuando un excesivo número languidece en la falta y el sufrimiento– no parecería ser un planeta donde un gran avance humanitario se ha logrado.

Todo esto es posible dado los valores colectivos de las personas que pueden hacer algo al respecto. ¿Y de dónde vienen esos valores? Sugiero que se derivan en gran parte de las bien intencionadas, pero equivocadas, creencias sobre Dios sostenidas por muchos seres humanos –incluidos aquellos que no creen en Dios en absoluto.

*

¿A alguien le interés que nuestra especie sea un fracaso tal –o por qué?

¿Alguien se imagina que *no* lo ha sido?

¿Alguien quiere saber cómo a toda esta situación se le puede dar la vuelta en un parpadeo?

¿Alguien quiere saber cómo su vida personal puede ser cambiada a algo mejor abrazando una sola idea?

¿Tú quisieras? ¿Quieres saberlo?

2

¿Estás Listo para el Gran *Y Qué Si?*

SI ESTABAS PENSANDO QUE ESTE iba a ser un libro fácil, estabas equivocado. Si, por el otro lado, estás dispuesto a un intrigante, intelectual y espiritualmente controvertido reto, entonces has llegado al lugar correcto.

Más que eso, esto podría ser también uno de los más importantes libros que jamás hayas leído. Para el mundo, está intencionado para ser exactamente eso: Uno de los más importantes libros jamás leídos.

Si eso suena pretencioso, lo siento. Pero es tiempo de afirmaciones atrevidas. Dios sabe que es tiempo.

Este libro explora diecisiete aseveraciones sobre Dios. Aquí están:

- Dios debe ser temido.
- Dios puede incluso no existir.
- Dios existe y es un ser masculino superhumano.
- Dios demanda obediencia.
- Dios nos ve como imperfectos, y no podremos regresar a Dios en un estado de imperfección.

- Dios requiere que creamos en Dios y que alabemos a Dios de una forma específica.
- Dios es vengativo y el amor de Dios puede transformarse en ira.
- Dios estaba en guerra con el Demonio y así fue como todo esto empezó.
- Dios determina lo que está bien y mal.
- El perdón de Dios es requerido para que podamos entrar al cielo.
- Dios tiene un plan para nosotros.
- Dios está de nuestro lado.
- Dios honra el auto-sacrificio, el sufrimiento prolongado (preferiblemente en silencio) y el martirio.
- Dios a veces responde nuestras plegarias y a veces no.
- Dios nos recompensará o castigará el Día del Juicio.
- Dios quiere que regresemos al cielo.
- Dios está separado de nosotros.

Ninguna de estas aseveraciones es verdadera.

*

Verdaderas o no, estas afirmaciones epitomizan lo que el mayor número de personas en el mundo quienes creen que *hay* un Dios, creen *sobre* Dios.

Este libro desafía a esas creencias. En estas páginas vamos a examinar profundamente El Gran *¿Y Qué Sí?*

¿Y qué si la mitad de las aseveraciones anteriores no fuera verdadera? ¿Y qué si un tercio de ellas no lo son? ¿Y qué si sólo una de ellas resulta estar equivocada?

Si es así: Si sólo uno de las diecisiete aseveraciones sobre Dios no es cierta, la lista completa se desmorona. El dogma mundial sobre la Deidad se derrumba. Porque uno depende de la otra para que todo el dogma pueda sostenerse unido.

Aún así, el propósito de este libro no es dismantelar la creencia de nadie respecto a Dios, sino lo contrario. El propósito de este libro es recrear esa creencia, para hacerla más grande y mejor que nunca— revelando un Dios que es más grande y mejor de lo que la mayoría de las personas jamás imaginaron.

No será una sorpresa, entonces, que algunas de las cosas que serán dichas aquí te lleven al límite de tu zona de confort. Ciertamente estirarán la credibilidad.

Si fuesen instantánea y totalmente creíbles, *las personas las creerían ahora*. La mayoría de las personas no las creen por una razón sumamente triste: Son demasiado buenas para ser verdad.

Sin embargo, ¿si las creencias sobre *Dios* no pueden ser demasiado buenas para ser verdad, *qué puede?*

Aún así, entiendo completamente si te parece enervante entrar en una exploración sobre Dios que se mueve fuera de los límites a los que estás acostumbrado. Con todo no debería de ser una experiencia incómoda o inquietante explorar nuestro entendimiento de Dios.

Tampoco debería ser una que produce enojo. Incluso si este libro no hace más que confirmar tus propias creencias actuales sobre Dios, habrá hecho exactamente aquello para lo que está intencionado. ¿Puedes ver eso, acaso no? El punto de este libro es señalarte a ti mismo tu verdad más íntima –e invitarte a que la vivas profundamente.

El libro simplemente abre la pregunta. Simplemente aborda la discusión. Te invita a un examen muy personal, realizado por ti, de lo que crees. Con este fin, no puede fallar –a menos que *tu* falles en abordarlo con una profunda pureza en tu corazón, un profundo deseo de emprender lo que podría ser, como lo dije, la más importante exploración personal de tu vida.

*

Dios te *invita* a cuestionar. Dios te *invita* a preguntar. Dios te *invita* a llegar a tus propias conclusiones, no a ciegamente aceptar las conclusiones de otros. Esto es valentía, no blasfemia. Y lo último que escuché, Dios no castiga la valentía.

Lo que debería alarmarnos es el *no* explorar nuestro entendimiento –jamás. Esto puede hacer más que simplemente detener nuestro crecimiento personal y espiritual. Si millones de nosotros decidimos “quedarnos donde estamos” –si millones de nosotros simplemente nos rehusamos a explorar o investigar ideas y creencias sobre Dios distintas a las que siempre hemos adoptado– eso no sería bueno para nuestra especie.

Millones de nosotros *hemos* decidido “quedarnos donde estamos”.

Eso no ha sido bueno para nuestra especie.

De hecho, es una de las razones principales por las cuáles estas deprimentes condiciones existen en nuestro planeta, y por lo cual un gran número de personas viven infelices –incluyendo muchos de los cuales se supone viven la “buena vida”.

Cuando incluso las personas que tu pensarías tienen *todas las razones para ser feliz* no son felices, *sabes que algo está mal*. Y sabes que el problema está siendo *sistémico*, o tal cantidad de personas no sería infeliz la mayor parte del tiempo.

Eso no debería ser. Eso no tiene sentido. En un planeta tan bendecido como el nuestro, con una especie tan inteligente e innovadora e inventiva como la nuestra, eso no debería estar sucediendo. Algo está haciendo falta.

Así que aquí está una pregunta para que todos nosotros reflexionemos:

*¿Es posible que haya algo
que no entendamos completamente sobre Dios,
un entendimiento de algo
que podría cambiar todo?*

7

Nuestro Primer Malentendido sobre Dios:

Dios debe ser Temido

DE TODAS LAS COSAS QUE me han dicho sobre Dios a través de todos los años que he estado en el planeta, la cosa más triste que jamás he escuchado es algo que ha sido dicho una y otra y *otra* vez por las voces de la autoridad: *Teme a Dios*. El Cristianismo está repleto de tales consejos. También el Islam. También las enseñanzas del Judaísmo. De estas religiones mayores escuchamos palabras como estas...

“Teme a Dios y mantén sus mandamientos: pues esta es toda la tarea del hombre.” (Eclesiastes 12:13); “El miedo al Señor es el principio de la sabiduría.” (Proverbios 9:10); “Y quien quiera que tema a Allah, él le dará un camino de salida.” (Surah at Talaq 65:2; “Que toda la tierra tema al Señor.” (Salmos 33:8)

Y hay más. Mucho más.

“Limpiémonos a nosotros mismos de toda la suciedad de la carne y el espíritu, perfeccionando la santidad en el miedo a Dios.” (2da de Corintios 7:1)

¿La santidad se perfecciona a través del amor a Dios? Sí, esa ha sido la enseñanza. Y eso ha sido compartido no sólo con los pocos piadosos y santos en monasterios y con los estudiosos recluidos que han estado buscando la “santidad”, sino que ha sido dicho extensamente, para que “todas las personas de la tierra conozcan la mano del Señor, que es poderosa: has de temer al Señor tu Dios por siempre.” (Joshua 4:24)

Ahora viene El Gran *Y Qué Si...*

*¿Y qué si no necesitáramos
temer a Dios por ninguna razón?*

¿Haría una diferencia? ¿Importaría en absoluto? ¿En el esquema general de las cosas, podría tener algún impacto significativo en nuestra experiencia planetaria?

Sí. Claro que lo tendría. Si no tuviéramos razón para temer a Dios, caería el fondo de la mayoría de las doctrinas religiosas del mundo. La religión en sí misma no desaparecería (no creo que la idea y la práctica de honrar nuestro impulso natural hacia Lo Divino desaparecería jamás de la experiencia humana), pero sólo lo más “elevado” permanecería. Su fondo –la noción de que Dios *debe* ser temido porque Dios es una Deidad enojada, juiciosa, condenadora y castigadora –se disolvería.

Entonces, tendríamos que encontrar otra razón para actuar o no actuar de cierta manera, hacer o no hacer ciertas cosas, sostener o no sostener cierto pensamiento sobre la vida, sobre los demás, sobre por qué estamos aquí en forma física, y acerca de la experiencia completa, de arriba abajo, de la presencia de la humanidad en este planeta.

Pero se requeriría mucho para convencernos que Dios no tiene que ser temido. Recibimos el mensaje. Y en caso de que no lo hayamos hecho, nos lo ha sido repetido –tomado de las escrituras y puesto en sus propias palabras –por muchas personas a las que tenemos muchas razones para admirar.

Como David Livingstone, ampliamente conocido héroe nacional inmensamente popular en Gran Bretaña, cuya reunión con H. M. Stanley en 1871 mientras trabajaba

como misionero médico en Africa dio lugar al dicho popular “Dr. Livingstone, ¿presumo?”, y quien nos dijo: “Teme a Dios y trabaja duro.” Como Oswald Chambers, el evangelista y maestro Escocés de inicios del siglo veinte, mejor conocido como el autor del devocional, *En Pos de lo Supremo*, quien nos dijo: “Lo más notable sobre Dios es que cuando temes a Dios, no temes nada más, mientras que si no temes a Dios, temes a todo lo demás.”

Como Ray Comfort, un ministro y evangelista cristiano de nuestros días que escribió *El Camino del Maestro* y quien nos dijo: “Cuando los hombres no temen a Dios, se entregan a la maldad.” (En otras palabras, es sólo el miedo a Dios lo que nos detiene de portarnos mal).

O –no quiero señalarlo demasiado, pero –como Charles Inglis, un irlandés y primer obispo de la Inglesia de Inglaterra para la diócesis de Nueva Escocia a inicios del siglo diecinueve, quien modeló lo que miles de clérigos han hecho antes y desde entonces, perfectamente haciendo eco de las escrituras cuando dijo: “Temer a Dios es una de las primeras y grandes obligaciones de sus criaturas racionales.”

Así que vemos, entonces, que temer a Dios es un *deber*.

*

Mi experiencia en la infancia del Catolicismo fue que realmente es una religión amigable. Todo lo que tenía que hacer era ir a Misa el Domingo, ir a la Confesión el Sábado, recibir la Santa Comunión regularmente, obedecer los Mandamientos, seguir las enseñanzas de la iglesia, vivir una vida tan libre del pecado como fuese posible y sería bueno con Dios.

Pero si cuestionaba seriamente lo que había sido enseñado –y más que seguro si rechazaba cualquier aspecto principal de ello –Dios no estaría feliz conmigo y podría haber un infierno que pagar.

Literalmente.

Y mi religión no era la única religión que históricamente puso miedo en el corazón de hombres y mujeres. Consideren este anuncio, hecho atrás en Mayo de 1420:

Una corte sudanés ha sentenciado a una mujer embarazada de 27 años de edad, Meriam Yehya Ibrahim, a muerte por casarse con un hombre cristiano y afirmado su fe en el Cristianismo.

La mujer está acusada y condenada por apostasía, pues la corte en Khartoum la considera como musulmana. La corte consideró inmaterial el hecho de que ella fue criada como cristiana por su madre después de que su padre musulmán las abandonó cuando tenía seis años de edad.

Como su padre era musulmán, la corte la considera como una, también, haciendo que su matrimonio con un hombre no-musulmán no sea reconocido y sea nulo. También ha sido condenada por adulterio y sentenciada a 100 azotes.

Lo siento, cometí un error de tipografía ahí. Escribí los números en orden inverso. No ocurrió atrás en Mayo de 1420 –esto fue atrás en Mayo del 2014.

Leíste bien. En 2014 una mujer fue sentenciada a *muerte* después de ser condenada por renunciar a su fe islámica. Su condena fue revocada sólo tras una protesta internacional. Así que vemos que entre el miedo al infierno y el miedo a la muerte, las religiones han encontrado, estos días, una manera para mantener a los fieles... bueno...

...fieles.

Meramente cuestionar la doctrina religiosa oficial puede resultar en ser rehuido o marginado por la propia comunidad espiritual –no por decir de, algunas naciones, donde puedes enfrentar cargos formales por apostasía, resultando en la expulsión del país o incluso la sentencia a muerte.

Sobre la ansiedad y terror que han sido inculcados en los creyentes (¿o habría de llamarlos temientes?), existe esa inclinación natural mencionada previamente en muchas personas de nunca bajo ninguna circunstancia dudar, cuestionar o desafiar sus creencias profundamente sostenidas, porque piensan que al hacerlo deshonran a su familia, su tradición o su cultura.

Pongamos el miedo a Dios y la reticencia a deshonrar el pasado juntos y no es de extrañar que la exploración espiritual más allá de los bordes de la doctrina aceptada y la ortodoxia adoptada no sea nada fácil para los seres humanos. Sí, *puede* resultar profundamente desconcertante en el mejor de los casos y aterrador en el peor.

¿De dónde vino esta antigua idea de que se supone debemos de temer a Dios? Esta basada en la falsa noción de que hay dos cosas que Dios quiere: Amor y Justicia.

Nos han dicho que para cumplir Su primer deseo, Dios le ha concedido a cada ser humano amplias y repetidas oportunidades para reconciliarse con Él. Para cumplir el segundo, Dios, al final de cada vida humana, se sienta a juzgar a cada alma humana,

decidiendo en este “ajuste de cuentas” si nuestra alma se ha ganado la recompensa eterna en el cielo o la condenación eterna en el infierno –o algo entre los dos: una posible sentencia de temporal, pero agonizante, “purificación” en lo que algunos católicos y otros cristianos llaman Purgatorio.

(Los miembros de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días se refieren a este lugar de condenación-no-eterna como Prisión del Espíritu, donde se dice que las almas existen en dolor, culpa y angustia, pero sólo hasta el juicio final, cuando a todas se les brinda otra oportunidad de declarar a Jesucristo como su salvador).

La razón para todo esto, se nos dice, es que nada excepto la perfección y santidad puede existir en el paraíso. (Hablaemos más de esto después). Como pocos de nosotros morimos en un estado de absoluta perfección y plena santidad, algunos de nosotros hemos de ir a un lugar provisional para poder limpiar nuestros pecados a través del tormento y el sufrimiento que es infernal pero no eterno. La extensión de nuestro sufrimiento es aparentemente determinada por la extensión de la lista de nuestros pecados.

Otros de nosotros debemos ir directo al infierno, para sufrir por siempre por los pecados cometidos que son tan serios que no pueden ser quemados a través del tormento temporal; simplemente no pueden ser y no serán perdonados por Dios.

Mientras los católicos hablan del purgatorio más que las personas de otras fes, la noción de una experiencia provisional (y pavorosa) previa a entrar al paraíso no está limitada al Catolicismo, ni siquiera a la más amplia categoría de todas las sectas del Cristianismo. La práctica de el cuidado de los muertos y el rezo por ellos existió mucho antes del nacimiento de Cristo –como, por ejemplo, en ciertos ritos Egipcios. Se encuentra en la tradición Islámica y Judía también.

En efecto, las santas escrituras antiguas hablan de un proceso de *apocástaisis* –un término derivado del griego antigua el cuyo significado es entendido como reconstitución, restitución o restauración a la condición original o primordial.

Los seres humanos de la Tierra se dice que pueden asistir a las almas de sus seres queridos que se han ido a través de oraciones y ofrendas. En el Cristianismo temprano se decía que la riqueza podía obtener para los seres queridos muertos lo que era llamado Indulgencia Plenaria –dejándolos libres instantáneamente del purgatorio a través de otorgar una gran suma de dinero, o tierras, o ambas, a la Iglesia Católica (esta práctica llevó a la decisión de Martín Lutero de protestar abiertamente, resultando en el movimiento Protestante llamado La Reforma).

Con toda esta preocupación, oración y cuidados por los muertos llevada a cabo por todos estos miles de años, extraña poco que tantas personas el día de hoy teman lo que la ira de Dios puede imponer sobre ellos después de su muerte.

EL MENSAJE DE DIOS AL MUNDO

Dios nos ha estado diciendo desde el mero principio, y se está volviendo más claro para nosotros cada día, que **la Historia Cultural Antigua de la humanidad acerca de la necesidad de temer a Dios es clara y simplemente inexacta.**

Está bien remover ahora esta enseñanza de nuestra historia actual y dejar de decírnosla a nosotros y a nuestros hijos.

La *última* cosa que Dios sugeriría es que temamos a Dios.

Dios ni siquiera nos ordena que amemos a Dios. *Podemos* amar a Dios si queremos, pero Dios no necesita, requiere u ordena que lo hagamos. El amor no es algo que Dios ordene. El amor es lo que Dios *es*.

Dios experimenta lo que Dios es lo sepamos o no. Dios no necesita que nosotros proveamos a Dios de lo que Dios es, con el fin de que Dios lo experimente. Dios *nos* provee con lo que Dios es, y lo triste es que frecuentemente nos *negamos* a experimentarlo.

¿Qué clase de Deidad nos ordenaría que le temiéramos a Dios y que amáramos a Dios al mismo tiempo? Esta es una cuestión que tienes que preguntarte si vas a abordar de forma justa el tema de si este tipo de teología tiene sentido.

La teología actual de miles de millones afirma que Dios es un Dios celoso, vengativo y enojado que usa la violencia en los seres humanos y que ha ordenado a los seres humanos a hacerlo unos a otros. También declara que Dios es un Dios bondadoso, compasivo, misericordioso y amoroso que quiere nada más que lo mejor para nosotros.

Un resultado de esta enseñanza: Incluso mientras la mayoría de los humanos siente que tiene que temer a Dios, también quieren amar a Dios. Muchos seres humanos, por lo tanto, confunden miedo y amor, viéndolos conectados de alguna manera.

Donde Dios está involucrado, amamos estar atemorizados y tememos no amar. En realidad hemos hecho una virtud de ser “temeroso de Dios”, incluso mientras buscamos cumplir el mandamiento de “*Amar al Señor vuestro Dios con toda vuestra mente, todo vuestro corazón y toda vuestra alma*”.

De acuerdo con nuestra Historia Cultural Antigua, Dios ha hecho claro que Él ama a los humanos si ellos hacen lo que Él quiere. Si no lo hacen, los humanos conocerán Su rabia. Serán condenados a la condenación eterna.

Algunos dicen que Dios actúa con amor cuando Él muestra Su rabia. Él toma algo así como un perfil paternal de “esto me duele más a mí que a ti”. Él es amoroso cuando Él condena a las personas a la tortura eterna e infame. Con esta explicación, pretenden preservar la imagen y noción de un Dios amoroso.

Por lo tanto, muchas personas han llegado a estar muy confundidas respecto de la verdadera naturaleza del amor. Los seres humanos “entienden”, en un nivel intuitivo profundo, que la imposición de un castigo interminable no parece como una cosa muy amorosa que hacer. Sin embargo, les han dicho que ese castigo es una demostración del más puro y alto amor, con Dios simplemente buscando preservar la justicia perfecta y la santidad pura en el paraíso. Como Dios es justo, Él debe imponer justicia, así que la historia antigua continúa. Es el amor de Dios en acción (El amor de Dios hacia la perfección, sino el amor de Dios hacia las personas).

Este empaque de amor y miedo en la teología humana no se ha quedado sin consecuencias en el comportamiento humano. Las personas se han vuelto asustadizas respecto de la misma cosa que desean más.

La noción de que Dios debe impartir justicia a través del castigo sugiere que Dios está paralizado por Su propia ley y tiene menos libertad que un juez en una corte legal humana. Dios es simplemente incapaz de hacer tal como Él dice que Él elige.

Esto, en efecto, nos da una razón para estar temerosos, pues tenemos un Dios que aparentemente no tiene elección respecto de Sus propias decisiones.

No es inusual para los seres humanos, por lo tanto, de estar temerosos respecto del amor humano, tal como se han vuelto temerosos del amor de Dios. Se les ha enseñado que el amor de Dios puede convertirse en ira en un parpadeo, produciendo resultados horripilantes –y que Dios no tiene ninguna elección sobre esto. “Esas son las reglas”.

O, peor aún, que Dios *sí* tiene una elección al respecto y activamente elige, en cada ocasión, sin excepción hacia la misericordia o compasión, condenar nuestras almas a la pena perpetua, la tortura implacable, la angustia eterna y el sufrimiento indescriptible del fuego del Hades.

Habiendo hecho todo esto claro respecto de su relación con Dios, la gente frecuentemente entra en una relación de amor más estrecha con los otros plagados por un pensamiento entendible: “¿Ahora qué es lo que esta persona va a querer, necesitar o esperar de mí? ¿Y cómo voy a ser castigado si no se lo doy? ¿Escucharé la respuesta a esa pregunta en el Tribunal de Divorcios, donde seré juzgado?”

Esto es, después de todo, nuestro entendimiento de la naturaleza de nuestra relación con un Dios todopoderoso. ¿Por qué o cómo sería distinto con un mucho más débil compañero humano?

Existe también el pensamiento corolario de que los compañeros en una relación tienen el *derecho* a esperar ciertas cosas a cambio de amor –igual que Dios espera ciertas cosas– y que el amor es por lo tanto una proposición *quid pro quo*.

Estas expectativas y miedos socavan muchas relaciones amorosas desde el principio. Ciertamente socavan nuestra relación con Dios.

Y hay otra ramificación de todo esto. Debido a que el amor más alto que se puede describir y la peor tortura imaginable han sido conectadas en las mentes de los humanos como una expresión natural de parte de Dios, la mayoría de los humanos cree que está bien y es apropiado para ellos, también, amar y torturar a otros al mismo tiempo –y personalmente juzgar, condenar y castigar a otros que los han ofendido.

Esto es lo que ha creado un sistema entero al que hemos etiquetado como “justicia” en nuestro mundo –mucho de lo que perpetúa, por las apreciaciones más sinceras de casi todo el mundo, la *injusticia* demasiado seguido.

Seamos claros, ahora y por siempre, que el temor a Dios no es el ideal o más alto estado de santidad, consciencia, espiritualidad o siquiera religiosidad. Es, de hecho, lo más alejado de ello.

Hagamos un punto de eso.

*El miedo a Dios no es el ideal
o el más alto estado de santidad,
consciencia, espiritualidad o siquiera
religiosidad. Es, de hecho, lo*

más alejado de ello.

El miedo a Dios necesariamente debe estar basado en un pensamiento falso. El pensamiento es que Dios nos va a “atrapar” si no hacemos lo que Dios quiere. En algún lugar dentro de nosotros sabemos que esto no puede ser cierto y por lo tanto, el miedo a Dios se siente tal como una mentira se siente. ¿Alguna vez has notado como se siente tu estómago cuando sabes que estás diciendo una mentira? Así es como tu estómago se siente cuando alguien te dice que temas a Dios.

Lo triste de la mayoría de las teologías es que nos requieren que adoptemos la noción de que la naturaleza jubilosa y la cualidad maravillosa de ambas, esta vida y la vida después, no es una garantía. Abrazar el miedo a Dios es tu declaración que Dios tiene una preferencia respecto de cómo vives tu vida –y que Dios no tiene una manera de experimentar esta preferencia sin usar sobre ti la amenaza de una venganza más allá de tu peor pesadilla.

El miedo es el lógico resultado de la humanidad al haber aceptado, como si fuera cierto, cinco falacias respecto a Dios: Primero, que Dios *necesita* algo. Segundo, que Dios *puede fracasar en obtener* lo que Él necesita. Tercero, que Dios *te ha separado* de Él porque no le has dado a Él lo que Él necesita. Cuarto, que Dios sigue necesitando tanto lo que Él necesita que ahora Dios *te requiere, desde tu posición separada*, que se lo des a Él. Quinto, que Dios *te destruirá* si tú no cumples con Sus requisitos.

Cada una de estas afirmaciones pueden parecer tan obviamente falaces en su superficie que difícilmente merecen mayor discusión. Sin embargo, tomadas en grupo, comprenden *la base fundacional de la mayoría de las religiones del mundo*. Y lo que es notable es que la humanidad no ha sido capaz de reconocer que estas cinco falacias han traído más dolor y destrucción a la existencia del día-a-día que todas las otras creencias sobre la vida combinadas.

*

El hecho es que, como el maestro espiritual Ernest Holmes escribió en su maravilloso libro, *La Ciencia de la Mente*:

“El Amor es la flama central del universo; más aún, el fuego en sí mismo. Está escrito que Dios es Amor y que somos Su semejanza expresada, la imagen del Ser Eterno.

“El Amor es auto-dadivoso a través de la creación, la impartición de Lo Divino a través del humano. El Amor es una esencia, una atmósfera, que desafía el análisis, como lo hace la vida. Es aquello que ES y que no puede ser explicado: es común a todas las personas, a toda la vida animal, y evidente en la respuesta de las plantas a aquellos quienes las aman. El Amor reina supremamente sobre todo.

“La esencia del amor, aunque elusiva, impregna todo, enciende el corazón, estimula las emociones, renueva el alma y proclama el Espíritu.

“Sólo el amor conoce al amor y el amor conoce sólo amor. Las palabras no puede expresar su profundidad o significado. Sólo una sensación universal da testimonio de la realidad divina: Dios es Amor y El Amor es Dios.”

¿Qué hay que temer en ello?

Nada. Absolutamente nada. Sin embargo millones –más aún, miles de millones – continúan siendo esclavos del pensamiento de que es sabio y bueno ser “temeroso de Dios”.

De lo que el mundo se beneficiaría grandemente ahora es de un *movimiento de derechos civiles para el alma*, liberando a la humanidad por fin de la opresión de sus creencias en un Dios violento, enojado y vengativo.

Otro Malentendido sobre Dios:

*Dios nos requiere creer en Dios y
alabarlo de una forma específica*

LA MAYOR PARTE DEL MUNDO cree en un Dios que es un súper-ser masculino que demanda obediencia, quien dice que somos imperfectos porque no hemos sido obedientes y quien nos dice que para que podamos estar en la buena gracia de Dios (y por lo tanto, elegibles para ser admitidos en el cielo), *debemos cumplir con ciertos requisitos*.

Entre dichos requerimiento está que creamos en Dios de cierta manera y que lo alabemos de una forma en particular.

Esto se reduce a que debemos pertenecer a una religión específica –o por lo menos, mantenernos fieles a sus cánones.

El pensamiento de que *necesitamos* estar en buenos términos con Dios surge de la idea que hemos explorado arriba: que sólo la absoluta pureza y total perfección es permitida o está presente en el paraíso y que esto probablemente no nos describe a nosotros –así que más nos vale hacer algo al respecto.

Este pensamiento, sucesivamente, emerge del otro pensamiento explorado previamente: que entramos en este mundo en un *estado* de impureza, marcado en el nacimiento con el Pecado Original, la Imperfección Heredada o la Culpa Ancestral y de que todos hemos en todo caso ofendido a Dios con nuestros propios pecados durante nuestra propia vida.

Y *este* pensamiento brota de una creencia profundamente sostenida de que *podemos* pecar y de que Dios *puede* ser ofendido.

De estas nociones estáticas nace la preocupación en el corazón de muchas personas de que *no* estamos dentro de la buena gracia de Dios ahora. Así que buscamos, individual así como colectivamente, maneras en las que podamos *entrar* en la buena gracia de Dios –antes de que sea demasiado tarde.

La popularidad de las religiones está basada en este anhelo y en sus promesas de que pueden producir este resultado. Las religiones, se nos dice, son el pasaporte al cielo. Todo lo que tenemos que hacer es seguir sus mandamientos, vivir de acuerdo a sus directrices, obedecer sus reglas y responder afirmativamente a sus interdictos.

Lo que dramáticamente aumenta las apuestas en todo esto es la afirmación de algunas de ellas de que su religión ofrece el *único* camino para lograr lo que es llamado “la salvación”.

Nos dicen que si no creemos lo que *ellas* enseñan, si no abrazamos *su* doctrina, si no aceptamos *su* canon, fe y credo como la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, estaremos condenados por Dios al tormento eterno.

No hay duda respecto a esto entre los fieles de estas religiones: *Debemos* creer en Dios y alabar a Dios de una forma específica y particular o nuestra alma eterna será eternamente condenada.

*

Ahora viene El Gran *Y Qué Si...*

¿Y qué si Dios no necesita ser alabado y si

no necesita tener a los humanos creyendo en

Dios de cierta manera? ¿Y qué si Dios no necesita

que los seres humanos crean en Dios en absoluto?

¿Haría una diferencia? ¿Importaría? ¿En el esquema general de las cosas, podría tener algún impacto significativo en nuestra experiencia planetaria?

Sí, claro que lo haría. Si dejáramos ir el pensamiento de que uno solo es el único camino para alabar a Dios e ir al cielo, la pretensión de superioridad espiritual² espiritual que se encuentra profundamente incrustada en la experiencia humana de Dios virtualmente desaparecería. Y ausente tal pretensión, todas las guerras religiosas y las peleas inter-denominativas, la matanza despiadada y sin sentido que ha manchado las páginas de la historia de la humanidad desde hace milenios, desaparecerían de la misma manera al final.

Si sintiéramos que ni siquiera necesitamos *creer* en Dios para que Dios nos dé la bienvenida de vuelta al Hogar, podríamos entrar en cualquier creencia de Dios que pudiéramos desarrollar –si, en realidad, elegimos abrazar una creencia tal en absoluto –y hacerlo como una expresión de gozo puro y admiración absoluto, en lugar de hacerlo como una consecuencia de la angustia o producto de la inquietud. Perderle el miedo sobre qué pasará si no profesamos una creencia en Dios significaría el fin de todas las religiones basadas en el miedo.

² *Self-righteousness*, también puede ser traducido como “fariseísmo”, “hipocresía” o “santurronería”.

De hecho, mientras la amenaza ámame-o-si-no se quitara de nuestra experiencia de Dios, nuestra relación entera con Lo Divino cambiaría dramáticamente, situándonos en una verdadera amistad con Dios en la que nuestros estremecimientos de preocupación serían remplazados por nuestro empoderamiento.

*

En otro nivel, si sostuviéramos el pensamiento de que Dios no necesita que lo alabemos, nuestra especie dejaría de ver la completa noción de “alabanza” como una buena cosa, pero la vería, acertadamente, como la clase de actividad humana subyugante que niega nuestra propia magnificencia divinamente conferida –por no hablar de nuestra propia *presencia* en aquello que decimos que adoramos.

Esta elevación del ser humano a su legítimo lugar de extraordinaria *inclusión* en la expresión que Dios es remodelaría la identidad básica de la humanidad, alterando el entendimiento y expresión de nuestra especie acerca de *sí*. Y lo haría tan completamente que removería y eliminaría el comportamiento egoísta, dañino, malicioso y malévolos de la experiencia humana para siempre. Repentinamente sabríamos quiénes realmente somos y quiénes son los demás y nos trataríamos a nosotros mismos y a los demás de forma muy distinta.

Esto es, de hecho, lo que ha ocurrido dentro de las civilizaciones de todos los seres altamente evolucionados en el universo. El efecto que tal cambio de creencias tendría en este planeta sería que, finalmente, se *civilice* la civilización.

EL MENSAJE DE DIOS AL MUNDO

Dios nos ha estado diciendo desde el mero principio, y se está volviendo más claro para nosotros cada día, que **la Antigua Historia Cultural de la humanidad acerca de Dios demandando que lo alabemos, creamos y nos acerquemos a Dios de una cierta y particular manera es simple y llanamente imprecisa.**

Está bien ahora que removamos esta enseñanza antigua de nuestra historia actual y paremos de decirnos esto a nosotros y a nuestros hijos.

A Dios no le importa a qué religión pertenezcamos (o si pertenecemos a ninguna religión en absoluto). Las religiones son las invenciones y convenciones de la humanidad.

A Dios no le importa lo que creamos sobre Dios (o si creemos en Dios en absoluto). Las creencias son las invenciones y convenciones de la humanidad.

Dios no nos busca para proveer a Dios de algo que Dios necesita (porque Dios no necesita nada en absoluto). Las necesidades son las invenciones y convenciones de la humanidad.

La necesidad de ser alabado (sin hablar de *ordenar* ser amado) sólo podrían ser características de un gobernante inseguro, insatisfecho, imperioso y tiránico –las cuáles no es posible que describan al Dios de este universo.

La necesidad de que se acerquen de una singular y específica manera, haciendo todas las demás maneras (sin importar qué tan sincero el motivo, sin importar qué tan puro el intento, sin importar qué tan arduo el esfuerzo) no solamente insuficientes, sino una causa de *juicio, condenación y perdición*, sólo podrían ser características de un déspota totalmente irrazonable, absolutamente intolerante, absurdamente hipersensible, increíblemente pequeño de mente e insanamente severo –las cuáles no es posible que describan al Dios de este universo.

La idea de que Dios *demand*a ser amado desafía toda razón y lógica. Sin embargo, es sostenida por mucho, pues está escrito, en lo que se ha etiquetado como *El Más Grande Mandamiento*: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas.”

Así que sea dicho claramente y sin equívocos: El Dios de este universo –por *virtud* de *ser* Dios– necesita o requiere la adulación de ninguno. Así mismo, el Dios de este universo –por *virtud* de *ser* Dios– no tiene nada que perder al dar la bienvenida a cualquier alma que llegue a la divinidad por cualquier camino, y no puede más que regocijarse cuando un alma ha encontrado su camino de vuelta a Casa al darse cuenta, aceptar y asumir su verdadera identidad.

La idea de que Dios rechaza a todos excepto a aquellos que vienen a Dios por un camino singular y particular está simplemente equivocada. Desafía todo pensamiento racional y directamente contradice la definición de Amor.

*La idea de que Dios rechaza
a todos excepto a aquellos que vienen
a Dios por un camino singular y
particular está simplemente equivocada.*

Las buena nueva es que nuestra Deidad no es el Dios con el nombre de marca.

El amor de Dios, la aceptación de Dios y el gozo de Dios dentro de nosotros no depende de qué palabras decimos al orar, qué nombre invoquemos en súplica, o qué fe abracemos en esperanza.

A los ojos de Dios un judío es tan bueno como un cristiano, un cristiano tan bueno como un musulmán, un musulmán tan bueno como un budista, un budista tan bueno como un mormón, un mormón tan bueno como un bahá'i, y un ateo tan bueno como todos los anteriores.

Aquello Que Es es Aquello Que Es y ni su Ser, ni su alegría y gozo *en ser* el Ser, es dependiente de cualquier expresión particular de cualquier manera particular de cualquier parte particular del Ser.

*

Vayamos más allá. Ni siquiera es necesario para un ser humano tener *cualquier* creencia de que hay un Dios para que las bendiciones de Dios fluyan. El flujo de las bendiciones de Dios es la mayor alegría de Dios y es un proceso que es ininterrumpido y eterno.

No tiene nada que ver con nuestro amor por Dios y todo que ver con el amor de Dios por nosotros.

De nuevo, este puede ser el concepto más difícil de aceptar por los seres humanos. El mayor número de nosotros parece que no puede abrazar la noción de que el amor divino fluye libremente hacia todos, sin excepción, requerimiento o condición de cualquier clase.

O, en una inversión notable, muchos declaran que el Amor de Dios *sí* fluye libremente a todos y que la condena y castigo de Dios a Sus hijos por no creer en Dios, o por cualquier mal comportamiento, es una *demostración* de Su amor.

Es sólo a través de tal arquitectura teológica enrevesada que la idea de un Dios amable y bueno puede ser construida y preservada –aunque es cuestionable si tal preservación se ha alcanzado al nivel que aquellos quienes construyeron esta teología hubieran deseado. Parece mucho más evidente que la idea de un Dios amable y bueno ha sido simplemente confiscada por la religión y que esta es la principal razón del rechazo, de millones, de la idea de cualquier clase de Dios en absoluto.

Este es uno de los grandes dolores que ha sobrevenido a la raza humana, pues les ha robado a tantos miembros de la especie de su más grande recurso, lisiando inconmensurablemente a la especie misma.

Vamos a explorar este efecto a continuación.

28

¿Es Realmente Este un Mensaje de Dios?

TAN CIERTO COMO QUE CUALQUIER cosa en la vida es un mensaje de Lo Divino (y mucho ha sido declarado por muchos como exactamente eso), las ideas de este libro también lo son. Las has conducido a ti, atrayéndolas a tu esfera tan ciertamente como que tú has, en cierto nivel, magnetizado todo en tu experiencia y todo por el mismo propósito: tu propia evolución.

Dios ha puesto este mensaje encontrado aquí frente al mundo antes de este momento. En muchas, muchas ocasiones este mensaje ha sido enviado. A través de todos los años y todas las edades de la humanidad estas verdades se han dado a conocer, en las voces y los escritos de innumerables personas.

Y ahora, el día del mensaje individual se ha terminado. Este es el momento en nuestra historia cuando el mensaje acumulativo de toda la humanidad está mostrando su efecto acumulativo en plenitud. Porque ahora, por primera vez en la experiencia de nuestra especie, *podemos todos hablarnos instantáneamente*.

El Internet en este momento ha hecho por la humanidad lo que la imprenta de Gutenberg hizo en 1440. Ese método de impresión no sólo creó una revolución en la producción de libros, también empujó la evolución de la especie entera hacia adelante

al triple de velocidad al hacer práctica la *difusión del conocimiento y el compartir la sabiduría* a través de la elaboración de textos –y la información que contenían– ampliamente disponibles.

Entonces, justo cuando pensamos que habíamos alcanzado el culmen de la transferibilidad de información a mediados del siglo veinte, llegó el Internet, haciendo ahora precisamente la misma cosa que la imprenta hizo 500 años atrás, pero esta ocasión escalonando la evolución de la humanidad hacia adelante a *quíntuple* velocidad.

Y justo como hubo grandes esfuerzos por detener a las masas de ser receptivas a ciertas ideas prohibiendo ciertos libros (una práctica que continúa en nuestros días), así, también, ahora existen esfuerzos colosales en algunos países para prohibir ciertos sitios web y en muchos otras naciones para limitar el alcance global de la propia Internet, para todos –y todo para un mismo fin: que ciertas ideas –ideas que aquellos en control, aquellos en posición de poder, no quieren compartir– no puedan ser propagadas rápidamente.

Sin embargo, el movimiento de avance de la evolución no será, y no puede ser, sofocado, sólo ralentizado ligeramente–y llegará el día cuando el intercambio de ideas revolucionarias sobre Dios creará Toda una Nueva Historia Cultural para la humanidad.

*

Te digo, el día llegará cuando nos preguntemos cómo pudimos llegar a pensar que nosotros y Dios no éramos Uno; cómo pudimos llegar a pensar que nosotros y todos los demás seres humanos en todos los países no sostenemos exactamente los mismos intereses y no merecemos la misma participación, de toda la riqueza, recursos y maravillas que están disponible en la vida física en este glorioso planeta.

Llegará el día cuando nos preguntaremos cómo pudimos llegar a pensar que Dios tenía “elegidos” que eran mejores que cualquier otra persona de Dios, que los hombres eran mejores que las mujeres, que los blancos eran mejores que los negros, que los heteros eran mejores que los gays –o que la *idea* de “mejor” incluso *existía* en la mente de Dios.

Para que este día llegue más temprano que tarde, tendremos que cambiar nuestro énfasis en cómo resolvemos los problemas de la humanidad. Para ser justos con nuestra especie, no es que no lo hayamos intentado. Lo hemos hecho. Pero la

dificultad—la razón por la que millones de millones aún vivan en la pobreza extrema, sin electricidad o la dignidad de instalaciones sanitarias—es que la humanidad ha intentado por siglos resolver sus problemas *en todos los niveles excepto en el nivel en el que existe el problema.*

Continúa haciéndolo al día de hoy.

Abordamos nuestros problemas hoy en día como si fuesen problemas políticos, abiertos a soluciones políticas. Hablamos de ellos, sostenemos debates sobre ellos, pasamos resoluciones sobre ellos.

Cuando nada cambia, buscamos resolver nuestros problemas por medios económicos. Les tiramos dinero, o les retenemos dinero, como en el caso de las sanciones.

Cuando eso falla decimos, “¡Ajá! Este es un problema para los militares. Lo resolveremos con la fuerza.” Así que le disparamos balas y le lanzamos bombas. Eso nunca funciona, tampoco, si una solución de largo plazo es lo que estamos buscando. ¿Pero crees que aprendemos?

No. Sólo comenzamos todo el ciclo de nuevo. Así que llamamos a “charlas de paz” y regresamos a la mesa de negociaciones. Ahí, negociamos reparaciones y ayuda financiera para sanar las heridas abiertas y calmar a las masas agitadas. Cuando eso se muestra como sólo un recurso provisional, volvemos a lo mismo de nuevo. Sacar las armas. Traer las bolsas de cuerpos.

La razón por la que seguimos corriendo como un ratón en su rueda es que nadie se atreve a mirar la *causa* de la condición presente que parecemos destinados a soportar.

O realmente no sabemos, o tenemos miedo de admitir, que nuestro más grande problema hoy en día no es un problema político, no es un problema económico y no es un problema militar.

El problema al que se enfrenta la humanidad hoy en día es un problema espiritual. Tiene que ver con las creencias humanas.

Una vez que entendamos esto, la solución se vuelve obvia. Hasta que sea entendido, la solución se les escapa a todos.

*

Veo que la mayoría de las personas construyen sus vidas alrededor de dos respuestas: pensar y hacer. Piensan en cosas y hacen cosas; piensan sobre cosas y hacen cosas; piensan sobre cosas y hacen cosas. Y lo que hacen *depende en lo que piensan*.

Esto puede parecer absurdamente obvio, sin embargo, es importante decirlo aquí, pues casi todas las organizaciones no lucrativas y las agencias gubernamentales de este planeta están buscando mejorar el mundo cambiando lo que los humanos hacen en lugar de lo que los humanos piensan.

Es lo que las personas *piensan* lo que crea su comportamiento. Hemos dicho esto aquí una y otra vez, no puede ser dicho con suficiente frecuencia. Es en el nivel de las creencias, no en el nivel del comportamiento, donde la experiencia humana será cambiada más profundamente.

Por décadas hemos estado hablando en círculos de psicología de la *modificación de la conducta*. De lo que en realidad deberíamos de estar hablando es de la *modificación de las creencias*. Sin embargo, estamos hablando ahora de la parte más sagrada de los cimientos de las personas. Muchas personas preferirían morir por sus creencias –o matar a otros– que cambiarlas.

No importa si las creencias en sí son funcionales. No importa si están haciendo felices a las personas o generando una mejor vida. Algunas personas preferirían ser infelices haciendo aquello en lo que creen, que felices haciendo algo distinto.

Esta es la raíz del problema. Aquí es donde la familia humana debe enfocar toda su atención. Si realmente queremos cambiar nuestras propias vidas y, en las maravillosas palabras de Robert Kennedy, buscar un nuevo mundo, *en esto es en donde debemos enfocar toda nuestra atención*.

Considera este extracto final de [Las Nuevas Revelaciones](#):

Todos los comportamientos son promovidos por creencias.

No puedes hacer un cambio a largo plazo en los comportamientos sin atender las creencias subyacentes a ellos.

Tu mundo está enfrentando un enorme problema en este momento y ustedes deben resolverlo en el nivel de las creencias. No puedes resolver este problema en el nivel del comportamiento.

Busquen cambiar creencias, no comportamientos.

Una vez que cambies la creencia, el comportamiento cambiará por sí mismo.

Pero somos una sociedad muy orientada hacia la acción. El mundo occidental, en particular, ha encontrado siempre sus soluciones en la acción, no en la silenciosa contemplación o la filosofía.

Puedes realizar cualquier acción que quieras para alterar el comportamiento de alguien más o detenerlo, pero a menos de que alteres las creencias que produjeron tal comportamiento, no alterarás nada ni detendrás nada. Puedes alterar una creencia de dos maneras. O bien mediante su ampliación, o cambiándola completamente. Pero debes hacer la una o la otra o no alterarás el comportamiento. Simplemente lo interrumpirás.

En otras palabras, el comportamiento regresará.

¿Hay alguna duda al respecto? ¿No ves a tu historia repetirse a sí misma?

La veo, sí. Y es frustrante.

Tu especie hace lo mismo una y otra vez porque tu especie no ha cambiado sus creencias básicas—sobre Dios y sobre la Vida— *en un milenio*.

Las creencias se enseñan virtualmente en todas las escuelas del planeta, en casi todas las culturas, de una forma u otra. Frecuentemente presentan las creencias como “hechos”, pero son creencias no obstante.

Esto no estaría mal, y no produciría resultados tan terribles, si lo que creen, si lo que enseñan, fuese lo que es. Pero no es lo que es. Enseñan a sus niños lo que no es y *les dicen* “esto es lo que es.”

En su mayoría no están haciéndolo intencionalmente. Ustedes no saben que aquellas son falsedades. Es, después de todo, aquello que

les enseñaron. Por lo tanto asumen que es verdad. Es de esta manera que “los pecados del padre son pasados a los hijos, hasta la séptima generación.”

En algunas escuelas –particularmente en algunas escuelas religiosas donde los niños desde edad temprana son alentados a ver la vida desde el prisma de doctrinas religiosas y prejuicios culturales particulares– el resultado de esto es la transmisión de comportamientos increíblemente negativos los cuáles reflejan creencias extraordinariamente erradas.

Enseñan a sus niños a creer en un Dios intolerante y por lo tanto los condonan de sus propios comportamientos de intolerancia.

Enseñan a sus niños a creer en un Dios enojado y por lo tanto los condonan de sus propios comportamientos de enojo.

Enseñan a sus niños a creer en un Dios vengativo y por lo tanto los condonan de sus propios comportamientos de venganza.

Después los mandan, a sus niños, a luchar con los demonios de su propia creación. No es accidente que por mucho el más grande número de “guerreros” en cualquier movimiento radical sean los jóvenes.

Cuando mudan a los más jóvenes de ustedes de las escuelas religiosas o las academias militares directamente a las fuerzas armadas, prometiéndoles que están peleando por un “causa mayor” o “un propósito mayor” o que *Dios está de su lado*, ¿qué deberían pensar?

¿Deberían contradecir a sus mayores, a sus maestros, sus sacerdotes, sus ulama?

Sin embargo, si no tienen cuidado, *sus propios niños se desharán de ustedes.*

*

Y así el desafío central de nuestra era está claro: invitar, alentar, inducir a la humanidad a considerar –sólo *considerar*– la posibilidad de que puede haber algo que

no entendamos completamente sobre Dios y sobre la vida, el entendimiento que pudiera cambiar todo.

Lo que nuestro mundo necesita ahora es un movimiento de derechos civiles para el alma, liberando a la humanidad por fin de la opresión de sus creencias en un Dios violento, enojado y vengativo.

Para este fin me he unido con aquellos quienes están de acuerdo con este punto de vista alrededor del mundo para crear al Equipo de la Humanidad (*Humanity's Team* en inglés; www.HumanitysTeam.org) y a través de esta organización mundial encender una Revolución de Evolución.

Los invito a todos a unirse en este esfuerzo, pues la elevación de la humanidad a través de la evolución de la humanidad es algo que no puede ser logrado sin ti. Ella te invita, te alienta –más aún, te suplica– tu participación directa.

La gran tristeza es que imaginamos que no podemos cambiar nada de esto. La gran alegría es que sí podemos. Lo único que se requiere es un cambio de consciencia –y eso es más fácil de producir de lo que la mayoría de las personas piensan.

Todo cambio en la consciencia es creado por las personas que ya han cambiado su consciencia y quienes entonces activa, entusiasmada y expansivamente hablan de sus ideas con otros, describiendo las posibilidades que una Nueva Historia Cultural pone frente a la humanidad.

En *La Tormenta antes de la Calma* (*The Storm Before the Calm*, en inglés), comparto una achispadamente brillante observación compartida con la humanidad por Margaret J. Wheatley, autora de *El Pico del Quetzal: Conversaciones Simples para Restaurar la Esperanza para el Futuro* (*Turning to One Another: Simple Conversations to Restore Hope to the Future*, en inglés, 2002). La señorita Wheatley no es alguien sin credenciales. Una consultora conocida a nivel global en comportamiento organizacional, recibió su doctorado de la Universidad de Harvard, sostiene un título de posgrado en sistemas de pensamiento por la Universidad de Nueva York y ha trabajado en cada continente habitado en virtualmente todo tipo de organización. Esto es lo que ella dice:

“No hay una manera más poderosa de iniciar un significativo cambio social que comenzar una conversación.”

Como ves, sí hay algo que puedes hacer. Y no tienes que voltear tu vida al revés, o firmar para dedicar cientos de horas al mes que no tienes de sobra, para poder hacerlo. Simplemente necesitas tener la voluntad de hablar de las cosas. Decir en voz alta lo que está en tu corazón.

Puedes hacerlo sacando el tema siempre y donde sea que se congreguen personas estimulantes. Podrías hacer incluso tú que se congreguen al iniciar un grupo de discusión en tu propia casa. Si quieres ser realmente atrevido, invita al pastor de tu iglesia local para que te permita iniciar un grupo de discusión ahí.

Si esto es demasiado “visible” para tu gusto, puedes convertirte en lo que llamo un “activista silencioso”. Ofrece este libro a tu familia y otros amigos desde el “departamento de por si les interesa” y sólo pregúntales qué piensan de él. Accidentalmente deja copias de él por todos lados. Olvida que lo pusiste sobre la banca de un parque o en tu asiento del transporte público. Añádelo al material de lectura sobre la mesa del salón de belleza. Extraviálo en la cafetería. Piérdelo en un avión. Deja que encuentre su camino a la mesa de libros de la venta de caridad de tu organización. Crea formas de unirse a una red de distribución clandestina.

Si crees que hablar abiertamente de todo esto puede sentirse fuera de lugar en el mundo de ritmo rápido, lo-siento-no-tengo-tiempo-de-hablar, de hoy en día, considera la observación que la señorita Wheatley hizo en un artículo en el *Utne Reader* del 2002: “...una conversación real es... una forma atemporal y fiable en la que los humanos pueden pensar juntos. Antes de que hubiera salones de clases, reuniones o facilitadores grupales, había personas sentadas juntas hablando.

“Podemos tomar valor del hecho de que este es un proceso que todos sabemos hacer. Podemos tomar valor también del hecho está anhelando conversar de nuevo... estamos despertando una práctica antigua, una manera de reunirnos que todos los humanos íntimamente entendemos.”

Habiendo dicho eso, la señorita Wheatley ofrece un poderoso comentario conclusivo:

“El cambio no sucede de alguien anunciando el plan. El cambio comienza desde las profundidades de un sistema, cuando unas cuantas personas notan algo que no tolerarán más, o cuando responden al sueño de alguien sobre lo que es posible.”

Esto es precisamente, al pie de la letra, de lo que se trata la Revolución de Evolución. Es un llamado a las personas de todas partes, reuniéndose en pequeños grupos de activismo espiritual alrededor del mundo, para encender una conversación global que *sembrará la semilla de la sanidad*, produciendo finalmente la *civilización de la Civilización*.

Te invito a este esfuerzo, pues el trabajo de la evolución de nuestra amada especie avanzará sólo si ves este trabajo como tuyo propio.

Tan sólo vierto todo en Dios.

No sé si mi dios es
el mismo que tu dios:

¿Está hecho de Amor?

¿Quiere para ti lo que tú quieres para ti?

¿Viene a ti a manos llenas,

Pidiendo nada, pero listo para todo?

¿Te susurra sobre la Luz y sobre

la Quietud y te señala hacia *cualquiera*

de los caminos que te llevarán ahí?

¿Te recuerdo a tu Visión?

¿Te recuerda a tu Conocimiento?

¿Te recuerda al más gentil Amante

que jamás has soñado, apaciguándote

a lo largo de todo tu cuerpo,

o abrazando una fatiga de tu corazón?

¿Alguna vez tardó?

¿Alguna vez se ausentó?

¿Está hecho de Amor?

“¿Está Hecho de Amor?”

em claire

©2014 Todos los Derechos Reservados

El Mensaje de Dios al Mundo

Me Malentendieron Completamente

está ahora disponible en:



o

